



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 14.

JUEVES 12 DE JUNIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LAS VÍCTIMAS ILUSTRES: María Antonieta.—LA NIÑA PERDIDA, por Hollingshead (del inglés). *Continuacion.*—LOS MONUMENTOS DE ESPAÑA: El monasterio del Escorial. (Conclusión).—LA COMEDIA DE LAURA: Juguete cómico original en un acto y en verso, por Mariano Urrabieta. LOS MINERALES EN LA AGRICULTURA.—LA LITERATURA Y BELLAS ARTES INGLÉSES.—DESENGAÑOS, soneto, por Francisco de Quevedo.—BALADA, por A. J. Perchet.—LA CIUDAD DE BEIRUT.—EL BAJA RENEGADO: oriental, por Adam Mickiewicz.—MODAS DEL MES DE JUNIO.—REMITIDO.

LAS VÍCTIMAS ILUSTRES.

MARIA ANTONIETA.

Reina de Francia, nacida en Viena el 2 de noviembre de 1755, era la menor de las hijas del emperador de Austria Francisco I, y de María Teresa, reina de Hungría y de Bohemia. Contaba solo catorce años cuando el duque de Choiseul, ministro de Luis XV, pedía su mano para el delfín de Francia, futuro heredero de la corona, que debía ser mas adelante el desgraciado Luis XVI. Desde aquel momento, María Antonieta obtuvo una educacion brillantísima y toda francesa, y en 1770 fue llevada á Francia, donde se la recibió con magnificas fiestas, desposándose con el delfín en la capilla de Versalles. Pero las princesas de la corte de Francia no la recibieron muy bien, y la fatalidad quiso que en las funciones con que se celebraron sus bodas ocurriesen numerosas desgracias, en términos de perecer 130 personas, y quedar heridas mas de 1,200. Parecía este accidente triste augurio de su reinado; pero por otra parte, su carácter sobremanera amable y simpático, su sencillez y caridad inextinguible, debían desde luego captarle las voluntades de todos. En valde se constituía en protectora y madre benéfica de los pobres, derramando á manos llenas los consuelos entre los necesitados y los indigentes: las señoras de la aristocracia no le perdonaban su ningún respeto á las leyes de la etiqueta y á las costumbres de la corte, ridículas

y pesadas, con lo que estuvieron pronto quejosas de la nueva princesa. Muerto Luis XV, y elevada con Luis XVI al trono, continuó María Antonieta siendo blanco de las intrigas palaciegas, escribiendo el partido *anti-austriaco* libelos y poesías calumniosas contra la bondadosa reina, y suponiéndola actos y episodios escandalosos de que estuvo siempre inocente. Sin embargo, la sencillez misma y naturalidad de María Antonieta la perjudicaron, porque lamentándose de la oposicion que hallaba en la corte, profería sus quejas contra determinados príncipes y señoras, los cuales la declararon verdadera oposicion que pasando al conocimiento del pueblo crearon una atmósfera poco tolerante para la austriaca. Todo se interpretaba mal. Una vez, por ejemplo, que demostró deseos de ir temprano á un baile, fue criticada cruelmente, y otra vez que yendo á paseo tuvo que continuarle en un coche de alquiler porque se rompió el suyo, se dió tales proporciones al asunto, que no parecía sino que se trataba de algun crimen en vez de dos, cuando mas, graciosas travesuras de una joven alegre y amiga de divertirse. Pero todo lo que en otros pasa desapercibido ó por lo menos tolerable, en los reyes se considera como efecto de un torpe comportamiento, y las calumnias bajan de las clases elevadas, y penetran al fin entre el pueblo que las da asentimiento cuando ve que le reciben de los que supone mejor informados.

Desde los primeros años de su matrimonio, Luis XVI no aparentaba gran simpatía para con su buena esposa; pero apenas conoció su excelente carácter y sus cualidades de reina, entregóse á ella con delirio y se aconsejaba de ella hasta en los mas áridos negocios del gobierno. Traslucíase bien pronto el amor con que se correspondían ambos monarcas, y cómo veía el pueblo la armonía de la familia real, cuando alguna medida de gobierno no lograba el apetecible éxito, á los consejos de la reina se daba la culpa. La escasez del erario aumentó por infinitas causas, pero se atribuía

solo á los gastos de la corte, y cuando para poner á ellos un dique y disminuir la deuda pública se determinaba convocar los Estados Generales, pronto se divulgaba que María Antonieta se oponía á semejante convocacion temerosa de que criticasen públicamente su conducta.

Ciertamente María Antonieta no veía con gusto poner cortapisas á la autoridad real, mucho mas cuando recordaba el despotismo de la corte de Viena. Oponíase con decision á todas las medidas liberales de los que querían sostener á todo trance una constitucion, y como es de suponer quedó pronto enemistada tambien con los hombres políticos que caminaban al frente de la revolucion con rápidos pasos. Cuando esta estalló era la reina señalada al odio público, y algunas imprudencias que cometió aplaudiendo la conducta de sus parciales, acabaron de exasperar á todos sus enemigos. Al estallar la revolucion de 1793, fue arrestada y vió subir al cadalso á su infeliz esposo, débil monarca incapaz de oponerse al huracan de las sediciones. Ella misma, en fin, fue acusada de enemiga de la república y condenada á muerte. Hé aquí cómo describe un historiador los últimos momentos de su vida.

María Antonieta oyó pronunciar la sentencia de muerte sin inmutarse y sin dar la menor muestra de abatimiento, saliendo con paso firme y seguro de la sala de la audiencia, sin dirigir la palabra á los jueces ni al público. Llevada á la Conserjería se la dejó en el calabozo de los condenados. María Antonieta escribió á su cuñada aquella célebre carta tan admirable por la elevacion de pensamientos, y que es la mejor defensa de aquella reina mártir. Traslada á la prision, se sentó sobre la cama, pues sus fuerzas físicas se abatían, si bien no las morales. A las siete se vistió una bata de piqué blanco, tomó una taza de chocolate y se cortó por sí misma los cabellos. Rehusó los auxilios del sacerdote Girard, y cuando le dijo «que debía ofrecer su vida á Dios en espiacion de sus crímenes,» exclamó:

«¡Decid de mis faltas, pero de mis crímenes jamás!»

Un testigo de vista refiere así los últimos momentos de María Antonieta: «A las cinco de la mañana se tocó llamada general; á las siete la fuerza armada se hallaba reunida; al extremo de los puentes, de las plazas y de las calles, desde el palacio hasta la plaza de la Revolucion, se colocaron cañones; á las diez circulaban por las calles numerosas patrullas; á las once, María Antonieta, vestida de piqué blanco, ha sido conducida al suplicio de la misma manera que los demás criminales, acompañada de un sacerdote vestido de seglar, y escoltada por numerosos destacamentos de gendarmes á pie y á caballo. Al recorrer las calles, miraba con la mayor indiferencia la fuerza armada, que en número de 30,000 hombres, formaban en ellas una doble hilera. Sobre su rostro no se reconocía ni abatimiento ni orgullo, y parecía insensible á los gritos de *viva la república! ¡abajo la tiranía!* que no cesaba de oír durante la carrera. Hablaba poco á su confesor, y le llamaban la atención las banderas tricolores de las calles de Roule y Saint-Honoré, y los rótulos de las tiendas. Llegada á la plaza de la Revolucion, sus miradas se volvieron hácia el Jardin nacional, ó sean las Tullerías, y entonces se observaron en su fisonomía las señales de una viva emoción. Subió al cadalso con valentía: á las doce y cuarto caía su cabeza, y el ejecutor la enseñaba al pueblo, en medio de los prolongados gritos de *Viva la república!*»

Así sucumbió aquella reina, que como mujer y como madre era intachable y parecía á propósito para hacer la felicidad de su familia y el ornato de la corte de Francia, y pereció al rencor de la multitud ciega, mal encaminada por las intrigas políticas y palaciegas que habían inaugurado el terrible drama de la revolución francesa. Su asesinato debe ser juzgado con severidad, porque fue inútil para la causa de la libertad, bajo cuya égida se cometió, y lanzó un borron eterno sobre la nación que tanto blasona de civilización y de hidalguía!

LA NIÑA PERDIDA.

(CONTINUACION.)

El doctor que Ricardo había mandado á buscar era un capitalista en el sentido limitado de la palabra, era un hombre que podía leer, escribir y contar. Sus conocimientos eran buscados para cualquiera negociación en que se requirieran algunos conocimientos literarios y su dinero era también muy buscado para préstamos en corta cantidad sobre garantías de una clase de objetos que no podían venderse muy fácilmente. Deberíamos hacer aquí la apología del doctor pintándole como un hombre de algunos conocimientos literarios, pero aquí no decimos más que la verdad describiendo una de las mas curiosas capas de la sociedad.

Los convenios entre el doctor y Ricardo Muzzle eran muy sencillos; cuando este último tenía algún buen perro, llamaba al doctor; en caso de necesidad de dinero, para que le adelantara una pequeña cantidad en proporción al valor del animal. Esto se hacía con un interés muy crecido reservándose el doctor el derecho de intervenir en la restitución del animal á su legítimo dueño y de recibir la recompensa, reintegrando á sí mismo su dinero y pagándose por su trabajo. El sistema moderno de usura no podía ser mejor entendido por el doctor aun cuando hubiera sido un abogado ó un prestamista que ejerciera su profesión en los círculos de la sociedad mas refinada.

El doctor fue llamado para ver la niña, y los dos pequeños Muzzle le aguardaban con impaciencia porque esperaban mas del doctor que de su propio padre; le veían siempre bien vestido, manejando dinero, jamás apurado ni lle-

vado á la cárcel como algunos de sus vecinos y los muchachos no perdían nunca la ocasión de escucharle en todo cuanto decía, porque alimentaban la esperanza de descubrir el secreto de su prosperidad. El doctor había ayudado á hombres que habían cometido tantas variedades de crímenes, que no se admiraba de que le pidieran dinero sobre una niña robada. Examinó la criatura con ojo experimentado y quedó satisfecho de su estado. Las pocas preguntas que hizo á los muchachos le confirmaron en su opinión aunque los dos Muzzles persistieron en sostener lo que habían dicho en un principio. Habló confidencialmente con Ricardo á la puerta y la vista perspicaz del niño mayor adivinó el brillo de algunas monedas de oro que pasaron de la mano del doctor á la de su padre. El menor, oyó también al doctor que dijo estas palabras: «dirigiendo bien este negocio, la niña puede producir unas 100 libras esterlinas.» Todo esto hizo una profunda impresión en la imaginación infantil y viva de los dos Muzzles.

El convenio fue cerrado, y la hija de monsieur Gudgeons, de este hombre que tenía dinero en los fondos públicos y grandes propiedades inmuebles sin carga ninguna, fue hipotecada en una miserable cabaña por un contrato entre dos individuos, uno de los cuales era un ladrón de perros y el otro su protector, consejero y amigo.

IV.

Cuando Mr. Winks volvió á su casa, puso en juego todos los medios que estaban á su alcance para recobrar la niña perdida. Publicó un aviso, concebido en términos vagos, en el que manifestaba que por una niña con dos dientes, de buena complexión, y cuya edad no excediera de once meses ó un año, daría un cierto número de libras esterlinas.

Mr. Winks era un hombre casado hacia mucho tiempo pero deseaba una niña.

Al día siguiente al del aviso se hicieron muchas proposiciones á Mr. Winks, que las esperaba en su casa, y por último llegaron á hacerle la de la misma que se buscaba. Un hombre respetable en las apariencias que fue á verle solo le dijo que podía proporcionarle una niña tal como deseaba. Se citaron para el día siguiente á las cuatro de la tarde en Brumell en Mire Street.

Mr. Winks dió cuenta inmediatamente de ello á Mr. Gudgeons poniéndose á sus órdenes, porque este último tenía aun sus dudas respecto á confiarse enteramente al que llevaba el segundo nombre de una firma é insistía en tomar parte activa en cualquier paso relativo á esta negociación que le concernía de un modo tan directo. Mr. Winks hubiera preferido dirigir este negocio por sí mismo, pero Mr. Gudgeons, como de costumbre, había resuelto seguir su propio camino, y Mr. Winks se vio precisado á complacerle.

A las cuatro en punto de la tarde del día segundo, después del de la desaparición de la niña, Mr. Gudgeons bien provisto de dinero, se dirigió en compañía de Mr. Winks á comprar su hija perdida de las manos de las gentes peligrosas que la tenían.

Era una lástima que Mr. Gudgeons hubiese querido tratar por sí mismo este negocio, porque de todos los hombres era el menos apropiado para tratarle con la sangre fría que se necesitaba.

¡Son una cuadrilla de rufianes, una compañía de tunantes! murmuraba dentro del coche cuando llegaban al punto de la cita. Os aseguro que si yo fuera magistrado deportaría á cualquier hombre que se atreviese á vivir entre estos pícaros. Mr. Gudgeons no podía comprender por qué había de aparecer como comprador de su hija y no como un padre irritado, exigiendo en voz alta la restitución de la niña robada.

—Mi querido señor, le decía Mr. Winks con calma, debéis dominar vuestro genio, porque de lo contrario lo echareis á perder todo.

Al llegar á Brumell salieron del coche y en-

traron en una casa baja y oscura no lejos de la morada de Ricardo Muzzle; allí fueron recibidos por una persona que parecía esperar su llegada. Esta persona era de una apariencia respetable, y la misma que había ido á ver á Mr. Winks, en una palabra, el doctor mismo.

El punto de reunión; de aspecto religioso y hasta peligroso era una sala con un mal mostrador y un fuerte olor á cerveza y á resina; pero Mr. Gudgeons no sentía miedo alguno, é insistió contra la opinión de Mr. Winks en asistir á la entrevista. Esta determinación alteró algo los planes del doctor; si Mr. Winks hubiera conducido la negociación para recobrar la niña robada, el doctor se hubiera presentado como el representante de Ricardo Muzzle, pero como Mr. Gudgeons estaba á punto de ocupar el lugar que correspondía á Mr. Winks, era preciso que este, durante la entrevista apareciese como una persona competente, y esta tarea tan importante trató de llevarla á cabo el doctor mientras que monsieur Gudgeons trataba con Ricardo Muzzle.

El patio estaba á espaldas de la casa y próximo á dos caminos ó calles de árboles que llegaban á su única puerta. A la entrada de este patio se hallaba un hombre como por casualidad, mientras el doctor se dirigía á Mr. Winks guardando al mismo tiempo la entrada de la casa. Cuando Mr. Gudgeons, que jamás había estado en un lugar semejante, entró en el patio, Ricardo Muzzle aparentó estar gravemente ocupado en resolver algún problema difícil con dos clavijas, un globo y dos pedazos de madera.

—Ahora bien, dijo Mr. Gudgeons muy áspidamente, mi tiempo vale dinero.

—¡Ah! dijo Ricardo mirándole desde los pies á la cabeza, aunque ya le había visto antes; ¿sois vos la persona que quiere comprar una niña?

—Continuad, dijo Mr. Gudgeons conteniéndose difícilmente.

—¿Qué precio daríais por la criatura? preguntó Muzzle mirándole con mucha astucia.

Si Mr. Gudgeons no hubiera consultado mas que su gusto, sin duda alguna hubiese contestado que daría el precio con un látigo, pero teniendo en cuenta las instrucciones que le había dado Mr. Winks, se contuvo y dijo que diez libras.

—¡Diez libras! replicó Ricardo con una sonrisa de contento; ¡diez libras! doy mas por un perro; si tengo una niña con ojos azules y brillantes y de un año próximamente, quereis que deje de verla para siempre y no me dais por ella mas que diez libras; ¡ah! ¡no señor, ni por cincuenta!

—¡Tunante! exclamó Mr. Gudgeons, lleno de cólera y adelantándose con ademán amenazador hácia Muzzle; ¿osais jugar con mis sentimientos de padre?

—Venid, replicó Ricardo poniéndose en actitud de defenderse. Vos sabéis algo acerca de los sentimientos de un padre, pero no los de una madre; me venís á comprar una niña, muy bien: tal vez lleguemos á vendérsela, y tal vez no.

Este coloquio fue interrumpido por la aparición de mistriss Muzzle, que llamó á su marido á la puerta.

—Ha desaparecido, le dijo en voz baja y con un acento breve y nervioso.

—¿Qué es lo que ha desaparecido? preguntó Ricardo que exigía detalles completos de todo.

—La niña, replicó mistris Muzzle, la niña; los dos muchachos deben haberse escapado con ella cuando yo no estaba.

—Venid, dijo Mr. Gudgeons, interrumpiendo su conservación; no puedo ser burlado de este modo, dadme la niña y tomad vuestro dinero.

—No tengo niña ninguna, replicó Ricardo embarazado por lo que su mujer le había dicho; os digo que no la he visto.

Esto era ya demasiado para Mr. Gudgeons, el cual trató de buscar el consejo de Mr. Winks; empezaba ya el crepúsculo y era necesario

obrar de una vez. Mr. Winks no había esperado nunca que Mr. Gudgeons sin asistencia de otro llevara la negociación á buen fin, pero cuando Ricardo Muzzle persistió en declarar que no tenía niña alguna para vender y que jamás la había tenido, el doctor (que había sido informado de su desaparición) no hizo mas que mover la cabeza, y Mr. Winks se encontró muy confuso, aunque no lo consideraba digno de crédito. Mr. Gudgeons no sacó luz alguna de todo este misterio, pero refirió la aparición de mistriss Muzzle, que iba y venía por las calles de árboles, y Mr. Winks se imaginó que en este cambio de táctica no había mas que el deseo de sacar mayor precio por la niña.

—Vos me conoceis, dijo Mr. Winks al doctor y á Ricardo, y vos conoceis mi casa. Mi amigo está determinado á comprar una niña é iba á dar mas de cincuenta libras por ella; ahora son las cinco de la tarde y debemos volver á mi casa, donde os esperaremos hasta las diez; si no lleváis ninguno una niña para venderla por cincuenta libras antes de esa hora, iremos á otra parte, ya comprendéis.

Durante este tiempo, Mr. Gudgeons había llegado á estar mas pasivo, aunque no podía comprender porque estas gentes no eran enviadas á la cárcel; entró en el coche con monsieur Winks y caminaron rápidamente. Ricardo Muzzle y el doctor echaron á andar juntos, el primero acusando á sus revoltosos hijos en unos términos no muy convenientes y el segundo deplorando la pérdida de las cinco libras que había adelantado sobre la garantía de una niña que no se encontraba ya.

V.

El hijo mayor de Muzzle se había alarmado en extremo desde que hubo oído al doctor decir que la pequeña Isabel Gudgeons podía producir, si se manejaba bien el negocio, la cantidad casi fabulosa de cien libras esterlinas. No se figuraba nunca que una niña pudiera valer ni producir tanto, conociendo cuán poco darian sus padres si él ó su hermano se perdieran. La cantidad era tan tentadora, tan inagotable y mucho mayor que la que podían producir una veintena de buenos perros que servirían para comprar grandes cantidades de patatas, de cerveza y de gin; así, pues, el hijo mayor de Muzzle habló en confianza á su hermano, y juntos resolvieron poner en práctica todos los medios posibles para alcanzar la recompensa. Los dos muchachos no podían comprender claramente que quería decir la frase «bien dirigido,» pero no dudaron ni un momento de que lograrían hacer un buen negocio con los padres desolados que desearían la restitución de su hija. La cantidad que ellos obtuvieran por este medio sería suya propia, y no tendrían que partirla con el doctor ni con nadie; ellos eran los que habían robado la niña, por lo tanto la niña era suya; ¿por qué, pues, había de tener una parte el astuto doctor? ¿por qué no habían de tener ellos el todo?

Durante la mayor parte de los tres días se esforzaron aunque en vano para hallar la posición exacta de la casa de Mr. Gudgeons. Tenían un plano particular por el que guiarse, pero no podían trazarle muy fácilmente. Veían muchas habitaciones, cada una de las cuales podía ser la verdadera, pero se hallaban embarazados en la elección. Como la probabilidad de obtener cien libras no era cosa de aventurarla y cometer un yerro, determinaron como único método que parecía seguro volver á andar el camino que habían andado aquella noche, ó mas bien aquella mañana con la niña. Habiéndose decidido por este plan, esperaron que llegara el momento oportuno, y cuando su madre se hallaba fuera, cogieron la criatura, que había quedado á su cargo y que estaba durmiendo tranquilamente, envuelta en su pequeña manta como antes y con algun alimento, que ellos juzgaron que sería conveniente para todo el día, se fueron por su camino sin ser vistos por nadie.

Este camino era muy extraño, se extendía al rededor de aquel terreno inculto á lo largo de algunas miserables calles y sobre otro camino que tenía al principio algunas casas nuevas aun inhabitadas pero que disminuían gradualmente, finalizando en un terreno inculto y triste que se hallaba limitado por algunos almacenes que estaban á gran distancia. Era ya casi de noche pero los dos Muzzles conocían el terreno á pulgadas y con paso seguro y tranquilo emprendieron su camino con la niña aun dormida. Este desierto era mas familiar á los dos muchachos que su propia casa y sintieron una verdadera satisfacción al hallarse sobre las pequeñas alturas y á la orilla de aquellos fosos profundos, libres de cualquier persecución aun cuando su huida fuera descubierta. Se detuvieron por último bajo algunos arcos cerca del final de una de aquellas calles que se hallaban apenas trazadas y que parecía no deberían agimarse ni aun medio siglo despues. Allí, sintiendo caer un ladrillo desprendido, Muzzle el menor que no era el que llevaba la niña, encendió una pequeña linterna. Pasando otra vez por este arco siguieron en línea recta con el cristal delantero de su linterna tapado hasta que llegaron al arco décimo, despues de aquel en que se habían detenido. Al entrar bajo este arco, se dirigieron á su extremo y levantaron algunos ladrillos desprendidos de la parte de abajo de la pared hasta que se formó una abertura bastante ancha para que un muchacho pudiera entrar por ella arrastrándose. Esta abertura la habían descubierto por primera vez por casualidad en sus escursiones y el taparla con ladrillos desprendidos había sido una precaución para conservarla oculta á todo el mundo. Muzzle el menor fue el primero que anduvo su camino por este agujero metiendo primero las piernas y arrastrando tras de sí á la niña dormida, como si fuera pan que se mete en el horno y su hermano mayor que le seguía con la linterna, colocó los ladrillos como estaban cuando entraron y despues de haber salido de aquel agujero echó á andar delante de su hermano por una especie de galería, alumbrándole y enseñándole el camino.

(Se continuará.)

HOLLINGSHEAD.

LOS MONUMENTOS DE ESPAÑA.

EL ESCORIAL.

(CONCLUSION.)

Los oratorios y enterramientos reales llaman tambien la atención de los curiosos, estando colocados en dos arcos grandes á los lados de la capilla mayor, siendo su materia el jaspe y el bronce dorado. En el uno, al lado del Evangelio están las figuras que representan al emperador Carlos V y su familia en actitud de orar, en el otro Felipe II y la suya en igual postura. Las ocho bóvedas del cuadro del templo están pintadas al fresco por Lucas Jordan. La sacristía es una gran sala de 108 pies de largo cuya bóveda está pintada á lo grotesco por Granelo y Fabricio, de quienes es tambien la del atrio. En la sacristía se encuentra el célebre retablo de la Santa Forma, cuyo retablo y altar ocupan todo el testero del mediodía de la sacristía. Su materia son jaspes, mármoles y bronce dorado de molido ó á fuego y la forma el orden compuesto. El asunto del lienzo, debido al pincel de Claudio Coello, es la procesion que se hizo al tiempo de colocar allí la espresada Santa Forma, siendo todo retratos de los que asistieron á ella.

El célebre panteón fue obra de Felipe III, y lo continuó y terminó Felipe IV. Su escalera principal consta de 34 gradas de mármol, y sus paredes y medio punto están revestidos de mármoles y jaspes de hermosa union y pulimento; la planta es un octógono de 36 pies de diámetro y de 38 de altura, revestido de la misma manera que la escalera y cubierto por

todas partes de adornos y molduras de bronce: su órden arquitectónico es compuesto y el pavimento figura una estrella con un florón en el centro, labrado con piedras de diversos colores. El número de nichos que contiene es 26, donde están colocadas otras tantas urnas sepulcrales de idéntica labor, materia y dimensiones, que son 7 pies de largo y tres de alto, con poco menos de ancho.

Pero una de las cosas mas magníficas que se contemplan con admiración en tan imponente templo, es la escalera principal, cuya invención se debe á Juan Bautista Castelló Bergamasco. En el zócalo de su bóveda se representa la batalla de San Quintín, y en el ámbito de ella la gloria, coronada con la Santísima Trinidad, á su lado María Santísima, mas abajo las insignias de la Pasión, San Lorenzo y diversos príncipes santos, apareciendo en un costado el emperador Carlos V, en traje imperial, presentando con una mano la corona de Alemania y con otra la de España, acompañándole San Gerónimo. Tardó Lucas Jordan, que fue el que pintó esta mole de pintura, solo siete meses en concluir-la, mostrándose así digno imitador de Ticiano, Tintoretto y otros afamados pintores. Los jardines que rodean el edificio, el patio de los evangelistas y la galería llamada de los convalecientes ofrecen el atractivo del recreo, ya que su interior tiene el de las bellas artes.

La biblioteca está colocada en un grandioso salon de los mejores de su especie en toda Europa, que cuenta 194 pies de largo y 32 de ancho, y cuya magnífica bóveda está engalanada, como otras muchas piezas, con bellos frescos de Peregrin y de Carducho: la estantería de maderas finas, como áca, caoba, ébano, cedro, naranjo, terebinto, nogal, etc., es de órden dórico, dirigida por Juan de Herrera y ejecutada por José Flecha.—No es seguramente el número de libros que cuenta, pues no pasan de 30,000 volúmenes, la causa de haber alcanzado tanta celebridad la biblioteca del Escorial, esto sí, sus códices antiguos y preciosos manuscritos, lo escogido de sus obras y el nombre y fama de los personajes que la poseyeron antes. Felipe II comenzó esta preciosa librería, con la suya particular compuesta de 2,000 volúmenes, á la cual se añadieron despues la de don Diego Hurtado de Mendoza, que muriendo se la dejó al rey; la del célebre Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona; la del obispo don Pedro Ponce de Leon, y las de otros muchos celosos sabios de la época, á mas de que el rey mandaba buscar los libros de mayor interés dentro y fuera de España, siendo de notar el aumento que recibió esta biblioteca con 3,000 volúmenes arábigos en el reinado de Felipe III, los cuales pertenecían al rey de Marruecos y fueron apresados con la nave que los conducía en el mar de Berbería. Desgraciadamente pocos años despues de ser colocados en el Escorial fueron devorados casi todos, con otros muchos, por el horroroso incendio que en 1671 destruyó gran parte de aquel magnífico edificio; sin embargo, á pesar de esta irreparable pérdida, quedan todavía 4,300 de diversos idiomas, entre ellos 67 hebreos, 167 griegos, 1,824 arábigos, 1,820 latinos y de lenguas modernas.

La construcción de la fábrica principal duró veinte y un años cabales, desde 23 de abril de 1563, en que se colocó la primera piedra hasta 13 de setiembre de 1584, en que se puso la última, y por último, los gastos que se hicieron, el dinero que se empleó, bajo todos conceptos, hasta la muerte de Felipe II, apenas llegó á 6.000,000 de ducados (66.000,000 de reales), sirviendo tan corta cantidad para edificar no solo el monasterio, sino tambien la campaña y las casas de oficios, pagándose de ella además toda la pintura al óleo y al fresco, las sedas y brocados de los ornamentos, los salarios de los bordadores y todo lo relativo á las fincas rurales de la Fresneda, Campillo, Las Radas, Monasterio y el Quejigar, pertenecientes á la casa con sus estanques, cercas, plantíos y edificios.

Hé aquí las partidas especiales mas notables:



Maria Antonieta, reina de Francia.

Los materiales empleados en el templo, á saber, oro, jaspes, mármoles, colores, bronce, plomo, campanas, piedra, maderas, cal, yeso, ladrillo, etc., etc., ascendieron á 3.200,000 reales. Los salarios de toda la cantería, por lo que hace al templo y á las dos torres y cúpula principal importaron 5.512,154 reales y 19 maravedís; toda la pintura del templo, así al óleo como al fresco, que se hizo en vida del fundador, sin los colores y materiales 291,270; la del claustro principal bajo, excepto los colores, 419,883; la de la biblioteca, incluso el oro que que se gastó en ella, 199,822; el retablo del altar mayor, tabernáculos y enterramientos reales 5.343,825 y 12 maradís; las seis estatuas del átrio de los Reyes 196,180; la del San Lorenzo de la fachada principal 17,070; los andamios para colocarlas 7,150; los ocho órganos del templo y el de la iglesia vieja, sin materiales, 295,997 y 28 maradís; las cinco rejas de bronce y los antepechos y balaustres del templo 556,828; la librería del coro, incluso todos los materiales, 493,284; la cajonería para la misma y el facistol, excluyendo los bronce y maderas, 75,308; la estantería de la biblioteca principal, sin las maderas, 140,000; los ornamentos de la sacristía, 4.400,060; el monumento para Semana Santa 53,013 y 26 maravedís; el panteon, obra verificada despues de la muerte del fundador, costó, incluso los materiales, salarios y adornos, 1.827,031 y 11 maradís; el incendio general de 1671 redujo á cenizas una gran parte del edificio, y los gastos ocasionados durante ocho años que se emplearon en la reedificación, ascendieron á 11.620,091 reales, sin contar en esta suma 352,000 reales invertidos en reparar el daño causado por un rayo que desbarató en 18 de junio de 1679 la aguja ó linterna de la cúpula, derribando la bola y la cruz hechas pedazos sobre los emplomados del templo y los empizarrados de la casa.

Es curioso el número de algunas partes y adornos del edificio, á saber:

Algibes, 11; claustros, 12; escaleras, 80; estatuas, 73; fuentes, 76; libros de coro, 232 oratorios, 13;

órganos, 9; patios, 16; refectorios, 7; torres, 9; ventanas y puertas, 10,000 (algunos cuentan 12,009 con las de la Campaña, y zaguanes 14.

LA COMEDIA DE LAURA.

Juguete cómico-original en un acto y en verso.

PERSONAS.

LAURA.—LA MARQUESA DE***.—EL MARQUÉS DE***.—
FEDERICO.—EL AUTOR.

ACTO UNICO.

Sala en casa del marqués; una mesa y asientos.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen sentados Laura, la marquesa y el marqués con papeles de comedia en la mano

LA MARQUESA.

Es mucho empeño el de Laura
En hacer esta comedia...

LAURA.

Sí, mamá, está prometida,
Nuestros amigos la esperan;
Ellos con nosotros quieren
Solemnizar una fiesta
Que es para todos motivo
De alegría verdadera.

EL MARQUÉS.

No hay duda que esa razon
Es de muchísima fuerza;
Pero es imposible, Laura...

LAURA.

¡Imposible! no lo creas.

EL MARQUÉS.

Lo creo tanto, hija mía,
Como si á mí me ocurriera
No sé qué, una extravagancia,
El cantar la *Cenerentola*.

LA MARQUESA.

El marqués tiene razon;
Es una ilusion tu idea,
Una idea muy laudable
Pero sin pies ni cabeza.
¿Sabes tú lo que es preciso
Para hacer una comedia?

EL MARQUÉS.

Lo primero es escribirla.

LAURA.

Lo está.

EL MARQUÉS.

No entera.

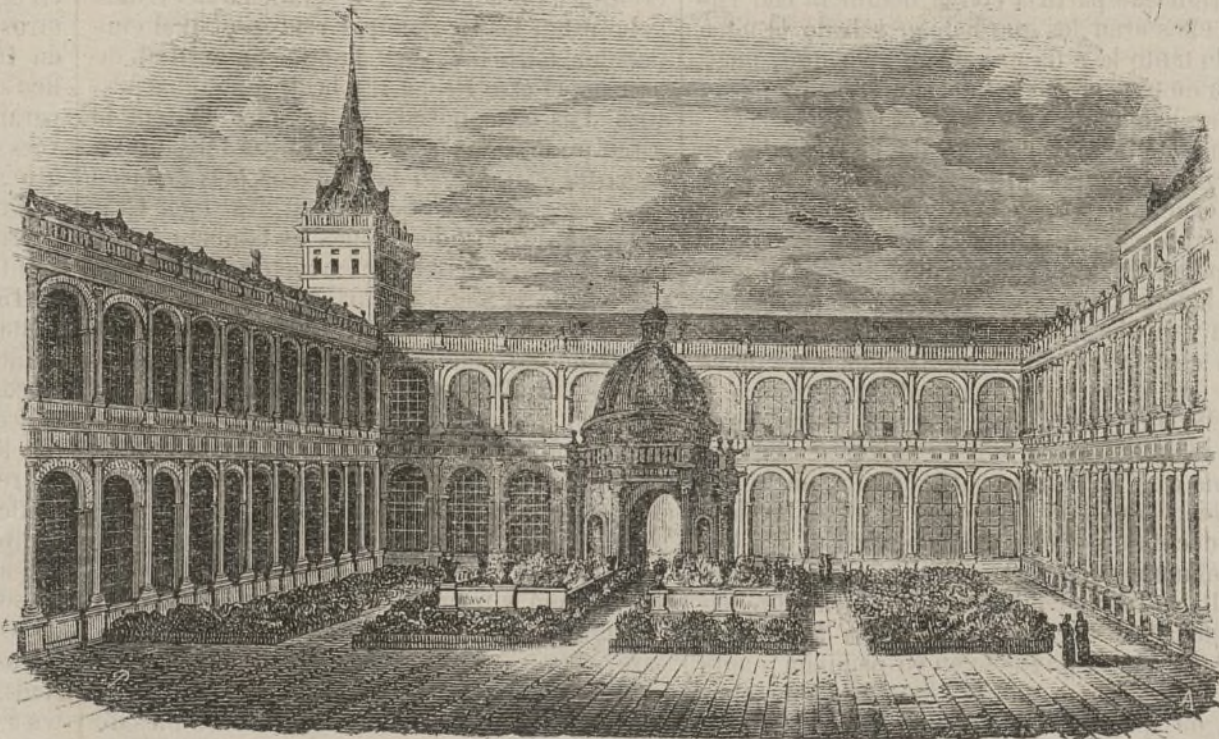
Nuestro autor con el achaque
De ponernos á la prueba,
No ha hecho mas que bosquejar
De corrido un par de escenas
Que hemos de ensayar ahora;
Si el tal ensayito pega,
Se precederá en seguida
A finalizar la pieza,
Y este fin será el principio
De nuestra dura tarea.

LAURA

¡Dios mío! si así lo miras,
No habrá razon que te venza.

LA MARQUESA.

La confianza de Laura
No admite ninguna réplica.
Dime, Laura, no has pensado



Monumentos de España.—El Escorial (Patio de los Evangelistas.)

Que aun suponiendo que fuera
Nuestro talento en las tablas
Lo mismo que tú deseas,
Habremos de tropezar
Con mil escollos de cuenta;
Teatro, decoraciones,
Trajes...

EL MARQUÉS.
Et cetera, et cetera.

LA MARQUESA.
Es una obra de romanos
Para nosotros...

LAURA.
¡Paciencia!
Está dicho y probaremos;
Es sagrada la promesa...
Las grandes dificultades,
Los escollos que enuñeras,



Modas del mes de junio.

Son leves, inconvenientes,
Hallándonos en presencia
De un público bondadoso
Que, yo lo sé á ciencia cierta,
Aplaudirá nuestras faltas
Y elogiará nuestra empresa.

LA MARQUESA.

Mucho te prometes, Laura,
De su estremada indulgencia.

EL MARQUÉS.

Tampoco la pongo en duda:
Pero hablando con franqueza,
Las cosas, ó hacerlas bien,
O si no, dejar de hacerlas.

LAURA.

No es mi ánimo que nos tomen
Por artistas de primera...

EL MARQUÉS.

¡Ya!... pero ¿y si nos toman
Por cómicos de la legua?

LA MARQUESA.

No faltaria mas.

EL MARQUÉS.

Castigo
Justo de nuestra imprudencia,
Que quien se atreve á hacer cosas
Superiores á sus fuerzas,
Sabe por adelantado
Lo que sin falta le espera.

LAURA.

No abultemos tanto.

EL MARQUÉS.

¡Pues!
Como á tí nada te arredra,
Crees que todos tenemos
Aquí la misma firmeza.
Pero en fin veremos pronto
Si no eres tú la primera
Que en e' arte del teatro
Al echar á andar tropieza

Tendrá que ver la heroína
Sucumbiendo en la palestra.

LAURA.

No digo que no.

LA MARQUESA.

Adelante.
(Al marqués) Amigomio, dejémosla.
(A Laura) Pero ¿y tu hermano?

LAURA.

Ensayando
Su papel con el poeta:
Sabes que es el mas difícil
De todos los de la pieza,
Y necesita lecciones...
Pero ¡silencio! aquí llegan.

ESCENA II.

Los mismos, Federico, el autor.

EL MARQUÉS.

¿Tú ya sabes el papel?

FEDERICO.

Sí, buena memoria tengo;
Le hemos dado un repasito
Para empezar á entenderlo.
¿Y Laura ya sabe el suyo?

EL AUTOR.

No hace falta aun; con ellos
Ante la vista ahora mismo
Lo escrito ya en-ayaremos,
Y despues se aprenderán...

LA MARQUESA.

Dios nos de paciencia.

EL MARQUES.

Y tiempo.

LAURA.

Vamos, vamos, los papeles;
Creo soy yo la que empiezo.

EL MARQUES.

Sí, tú eres; pero aguarda:
Antes del ensayo, pienso
No estarán de mas aquí,
Así de prisa y corriendo,
Algunas esplicaciones
Acerca del argumento.

LA MARQUESA.

Es verdad; por las escenas
Que en nuestro poder tenemos
No se adivina cuál es
De esta comedia el enredo.

EL AUTOR.

Muy sencillo; dos palabras
Harán ver el pensamiento.
Carlos y Matilde juran,
Por de contado en secreto,
Que se amarán en la vida
Con un amor sempiterno.
Nadie en la casa sospecha
Ni tiene ningun recelo
Sobre esta pasion profunda
Sellada con juramentos
Que han de ser causa de males
Por fortuna pasajeros,
Hasta que el padre á Matilde
Notifica con imperio
Que quiere darla un marido
Que es un partido soberbio.

EL MARQUES.

¿El padre es pues imperioso?

EL AUTOR.

Terrible como un cerbero.
Y cuando manda una cosa,
No oye súplicas ni ruegos.
Matilde se desespera,
Y entre llorando y gimiendo,
Confiesa su amor á Carlos;
Y con loco devaneo
Enaltece las virtudes
De su adorado tormento.
Dice que él es su ilusion,
Su felicidad, su sueño,
Que sin él no habrá para ella
Mas que un porvenir muy negro...
En fin, dice muchas cosas,
Pero en hablar pierde el tiempo,
Pues su padre exasperado
Y mas que nunca impertérrito,
Declara su voluntad
De realizar el proyecto.

EL MARQUES.

¿Y quién es Carlo?

EL AUTOR.

Un jóven
De instruccion, de entendimiento,
Hijo de buena familia.
Pero...

EL MARQUES.

¡Hola! ¿tenemos un pero?

EL AUTOR.

No es rico, y esta razon...

EL MARQUES.

Entiendo muy bien, entiendo.
¿Y el otro?

EL AUTOR.

Es un potentado
Que vino á París de lejos,
De la América ó la India...
En fin, eso es lo de menos;
Lo cierto es que se presenta
Este señor opulento
Como un hombre que dispone
De los tesoros de Creso.
Coches, boato, gran lujo,
Gran ostentacion; y un séquito...
Color de su servidumbre,
Entre choco! te y negro.

EL MARQUES.

¿Y su figura?

EL AUTOR.

Pasable.

EL MARQUES.

¿La edad?

EL AUTOR.

Aquí está el tropi zo.
Pasó ya la juventud.

EL MARQUES.

Matilde, válgate el cielo.

EL AUTOR.

¡Ah! sin ese inconveniente
Seria un novio perfecto.
El padre lo encuentra tal,
Y desde el primer momento
Que presentado en su casa
Pide á su hija en himeneo,
Cortés y afable le mira
Su aprobacion concediendo.
Para abreviar pormenores,
Matilde, firme en su empeño,
Se resiste y amenaza
Con entrar en un convento;
Pero todo inútilmente:
No hay á su dolor remedio,
Debe despedir á Carlos...

EL MARQUES.

Y casarse con el viejo.
La situacion es horrenda
Para Matilde...

EL AUTOR.

En efecto,
Pero en males de comedia
No dura mucho el veneno.
El pretendiente famoso,
¡Oh feliz descubrimiento!
Es un truan muy solemue,
Un perillan benemérito,
Que vino en busca de gangas,
Y se encaminó derecho
Hacia el dote de Matilde
Para clavarle el anzuelo.
El cómo se descubrió,
Los lances que allí ocurrieron,
La alegría de la novia,
Del padre el abatimiento,
La proteccion que la madre
Dispensó con gran acierto
A los amores de su hija
Cuando los supo; todo esto
Se explicará en la comedia
Claro y con detenimiento.
Ahora en cuanto al desenlace
Que está adivinado pienso,
Carlos y Matilde alcanzan
El logro de sus deseos.

EL MARQUES (á la marquesa):

El plan á decir verdad
No es obra de mucho ingenio.

LA MARQUESA.

Puede que cuando esté escrito
Sea otra cosa; esperemos.

LAURA.

¿Hay mas que decir?

EL AUTOR.

No hay mas.

EL MARQUES.

Está terminando el cuento.

LAURA.

Vamos pues á nuestro ensayo:
Federico, tú entras luego.

MARIANO URRABETA.

(La conclusion en el próximo número.)

LOS MINERALES EN LA AGRICULTURA.

La bondad de un terreno para la vegetacion parece que depende de la mayor ó menor finura de la materia mineral que le constituye, de su mayor ó menor ligereza, de su aptitud para retener el agua en justas proporciones, de la cantidad y de la naturaleza de los restos orgánicos en descomposicion que contiene, etc. Un suelo muy arcilloso es siempre muy denso y muy tenaz; se opone á que las raicillas y raíces mayores se extiendan convenientemente; impide al agua penetrar en su interior, ó la retiene con fuerza, cuando despues de mucho tiempo ha llegado á absorberla; la tierra se modela entonces muy estrechamente sobre las raíces, cierra sus poros, las priva completamente de la influencia atmosférica y las hace podrir. Un suelo arenoso produce efectos contrarios; las raíces se extienden en él considerablemente, y á pesar de esto, su movilidad impide al vegetal fijarse con solidez; el agua penetra estos terrenos con la mayor facilidad, pero se escapa del mismo modo, y el vegetal no puede tomar en él la cantidad de líquido necesaria para el transporte de los jugos nutritivos á sus órganos.

Cuando la materia estéril del suelo se compone únicamente de sustancias que no pueden tener accion química sobre los restos orgánicos que contiene, estos abandonados á la accion recíproca de sus elementos, no se descomponen sino lentamente y no producen sino al cabo de algun tiempo y en cortas cantidades el abono necesario á la nutricion de las plantas; en este caso la vegetacion es tardía y lánguida, esto es lo que sucede en los suelos puramente silíceos y arcillosos. Si el suelo contiene por el contrario una gran abundancia de materias activas, la descomposicion de los abonos es demasiado rápida, y tanto por esta circunstancia como por efecto de la accion misma de esta sustancia sobre las plantas, la vegetacion es aun lánguida ó enteramente nula; esto es lo que se verifica en las tierras cretáceas y en todos los terrenos muy impregnados de sales diversas.

Estas consideraciones generales son las que dan reglas al cultivador estudioso para el uso de los abonos minerales, y de las diversas clases de fiemos naturales ó artificiales. Todo se limita á modificar la naturaleza del terreno por mezclas que obran ya de una manera puramente física, ya de una manera química, y algunas veces de ambas maneras á un mismo tiempo. Las tierras demasiado arcillosas no pueden ser abonadas sino por medio de arenas silíceas, ó en general por materias que les dan movilidad; las tierras silíceas no son abonadas sino por materias arcillosas. Las tierras dotadas de actividad química no pueden ser entregadas á la vegetacion sino paralizándolas de una manera ó de otra; por el contrario, las tierras sin accion química para ser apropiadas á ciertos cultivos, deberán ser activadas por ciertos medios mas ó menos poderosos. Esto es lo que parece producir la teoría resultante de

las observaciones mas generales, y asi es como se pueden explicar los efectos conocidos del uso de diferentes materias minerales en la agricultura.

Estas materias minerales usadas en agricultura son poco numerosas; y las *margas*, que se dividen en *margas arenosas*, *margas arcillosas*, *margas calcáreas* y el *yesso calcinado* ó *natural*, se usan únicamente para dividir las tierras demasiado fuertes ó dar cuerpo á las que son demasiado arenosas. Como materia activa se usan las arenas impregnadas de sales marinas que se sacan de las costas del mar; los lignitos serosos llenos de sulfuros de hierro, la turba de los terrenos calcáreos y las cenizas de turba que reemplazan a las de leña en los prados. Como verdadero fiemo no se puede citar mas que el guano que tiene una gran analogía con el urato y que se usa particularmente en las costas de Méjico.

LA LITERATURA Y BELLAS ARTES

INGLESAS.

La literatura inglesa desde la reina Ana se divide en dos épocas bien separadas, cuya línea de demarcacion vienen á ser las revoluciones de América y Francia. La primera de estas dos épocas es el reinado de la prosa y la elocuencia. Entonces fue cuando en la tribuna británica resonaron los acentos nobles ó patéticos, satíricos ó conmovedores de Wyndham, Shippen Pulmey, Chesterfield, Chatham, Burke. Entonces fue cuando Horacio Walpole escribió aquellas cartas que por el interés, los curiosos pormenores, la elegancia, la finura y la variedad, sobrepujan quizá aun á las de Voltaire; entonces fue cuando Junius, el escritor nacional por excelencia, el tipo mas severo y vigoroso de la prosa inglesa, lanza sus mordaces é implacables sátiras. Entonces la historia cuenta á Hume, Robertson, Gibbon, «el mas erudito y brillante de los historiadores modernos;» la novela á Richardson, Fielding, Sterne si las extravagantes fantasías de este último pertenecen á la novela; la crítica á Warburton, Samuel y Sheridan. Entonces Tomás Reid funda la escuela filosófica escocesa y Adam Smith la nueva ciencia de la economía política. ¡Cosa singular! Mientras la prosa inglesa se eleva á una altura que nunca habia alcanzado, la poesía, al contrario, cae en una decadencia completa, es culta y trabajada con cuidado; pero no da mas que un sonido, melodioso por cierto, pero sin pensamiento y siempre el mismo. «Entonces, dice un crítico inglés las verdaderas sendas de la naturaleza son abandonadas; la musa deja de ser sencilla y apasionada, con flores artificiales en los cabellos, cubierta de presuntuosos bordados, deja las grandes selvas, los torrentes magestuosos, y va con el arpa en la mano á sentarse en las grutas artificiales, al pie de las cascadas ficticias, cerca de las ninfas de piedra y de los faunos de pies hendidos. Las poesías basadas sobre la naturaleza y la realidad son puestas en ridículo; el arte del poeta no es mas que una aplicacion monótona y trabajosa, y no la expresion viva y variada de un sentimiento salido del corazón.»

Fue solamente por consecuencia de la revolucion de América, al acercarse la francesa, que la poesía británica cambió de tono y de movimiento. Entonces las ideas de igualdad y renovacion social preocupaban todos los ánimos y las cuestiones de derecho natural se agitaban y discutian en todas partes. Se atacaron todas las preocupaciones, todas las formas y todas las convenciones de la civilizacion anterior, y se procuró apreciar la verdad por la meditacion de la naturaleza. La poesía inglesa renació al poderoso soplo de la libertad. Cowper en Inglaterra y Burns en Escocia fueron los primeros que sintieron el influjo de aquel cambio. Crabbe, Cowper, Burns, Goldsmith forman el anillo intermedio que une la literatura del principio del siglo XVIII con la de esta grande

escuela, gloria de la Inglaterra, en que se agrupan los gloriosos nombres de Wordsworth, Southey, Coleridge, Walter Scott, Tomás Moore y Byron.

La Gran Bretaña, hasta entonces tan pobre en las artes que apenas cuenta un hombre que le pertenezca propiamente, se levanta durante el siglo XVIII; por primera vez tuvo artistas verdaderamente suyos. Hogarth, Josua Reinold, Gainsborough, Flaxman, son nombres que podrá sin ser acusada de parcialidad nacional, citar siempre con orgullo, y á los cuales puede añadir los mas modernos, de Sir Lawrence, Wilkie y Chantreg. Por lo demás, no es en los cuadros de algunos pintores, en los bajos-relieves y las estatuas de algunos escultores, que reside la grandeza artística de la Inglaterra; el arte que le es propio, lo despliega ella en sus canales, sus docks, sus puentes, sus caminos de hierro, sus gigantescas manufacturas, en una palabra, en todo lo que concierne á ese comercio, con cuyo auxilio ha llegado á conquistar la mitad del mundo.

DESENGAÑOS.

SONETO.

Huye sin percibirse lento el día,
y la hora secreta y recatada
con silencio se acerca y despreciada
lleva tras sí la edad lozana mia.

La vi a nueva, que en niñez ardía,
la juventud robusta y engañada
en el postrer invierno sepulta
yace entre negra sombra y nieve fria.

No sentí resbalar mudos los años;
hoy los llora pasados, y los veo
riendo de mis lágrimas y daños.

Mi penitencia debo á mis deseos,
pues me deben la vida mis engaños
y espero el mal que paso y no lo creo.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

BALADA.

—Hija mia, decia un padre á la suya, los años han corrido y tienes quince. Bellas prendas te adornan; virtudes, talento, hermosura. Mil nobles pretendientes suspiran por tí, y quisieran poseer tu mano.

Como padre que soy, mi único anhelo, ángel mio, es hacer tu felicidad dándote un esposo digno de tí; pero es preciso, Angelina, me digas francamente quién te ama,

—Buen padre, dijo la niña, tus palabras me llenan de satisfaccion, y te obedeceré en cuanto ordenes.

Pasaron los dias, y un opulento cortesano declaró su pasión á la jóven. ¡Cuán bello era! Su cabellera de oro rizada sobre la frente, daba á su rostro un tinte de sin igual hermosura. Sus ojos de azul claro, eran dulces como los del cervato. Largos y serenos bigotes ocultaban sus labios de carmin, que mostraban, sonriendo, la púrpura y la nieve de su dentadura.

El corazón de Angelina latió al verlo, y dijo para sí.

—¡Qué dichosa fuera ofreciendo mi mano á tan gallardo doncel!

Y temblando de esperanza, hablóle á su padre, quien mandó en seguida venir al jóven.

—Señor, le dijo, ¿sois el que desea desposarse con mi hija?

—Sí, noble anciano; solo espero vuestro consentimiento.

—Gustoso le daré, si respondeis á las preguntas que voy á haceros. ¿Cuáles son vuestros conocimientos científicos?

Sorprendido el jóven, vaciló un momento, mas repuso luego.

—Ha largos años abandoné los estudios; pero quizás recuerde las matemáticas.

Propúsole el anciano varias cuestiones, que no supo resolver por lo que dijo.

—Perdonad, caballero, no os puedo entregar mi hija.

Fuése admirado el noble, y quedó Angelina anegada en triste llanto.

Y pasaron mas dias; y un nuevo pretendiente suspiró por la niña.

Su continente severo al par que hermoso, agra-ló á la bella, quien como antes, habló a su padre.

Y el anciano hizo venir á su presencia al enamorado, interrogándole igualmente como al primero.

—Señor, dijo el interpelado, escasos son mis conocimientos. Nunca me cuidé de los estudios, pues de nada me servirían con la fortuna que poseo. No podré responder á vuestras preguntas.

—Entonces, no os doy la que amais.

Y marchóse el doncel avergonzado y triste.

—¡Oh padre mio! dijo llorando la hermosa Angelina. ¿Por qué le habeis despreciado? Sin duda no queréis casarme.

—Casarte sí, pero no venderte: replicó el anciano.

Rápidos corrieron los dias, y pasado algun tiempo otro jóven pretendió la mano de Angelina, pero ¡cuán diferente de los anteriores!

Su traje era sencillo, ó mas bien modesto. Su frente, ancha y noble, estaba surcada por hondas arrugas. Los ojos negros y cercados de largas pestañas, tenían dulce languidez. Melancólica sonrisa vagaba en sus labios. Sus movimientos todos eran graciosos y elegantes.

Al ser presentado ante el padre de la niña, habló así.

—Señor, soy quien pretende á vuestra bella hija. Quizás sea mucho mi atrevimiento. No me conceptúo digno de tan rico tesoro, siendo un pobre que solo puedo ofrecerle mi amor.

—Caballero, tal lenguaje manifiesta los sentimientos de que estais adornado, y os entrego mi hija.

Repuso el anciano; y le presenta la mano de Angelina, á quien dice.

—Hija mia; este era el esposo que te deseaba. Con él serás tan dichosa, como hubieras sido desgraciada con los pretendientes que desprecié.—Solo la virtud y el talento pueden hacer la felicidad.

A. J. PERCHET.

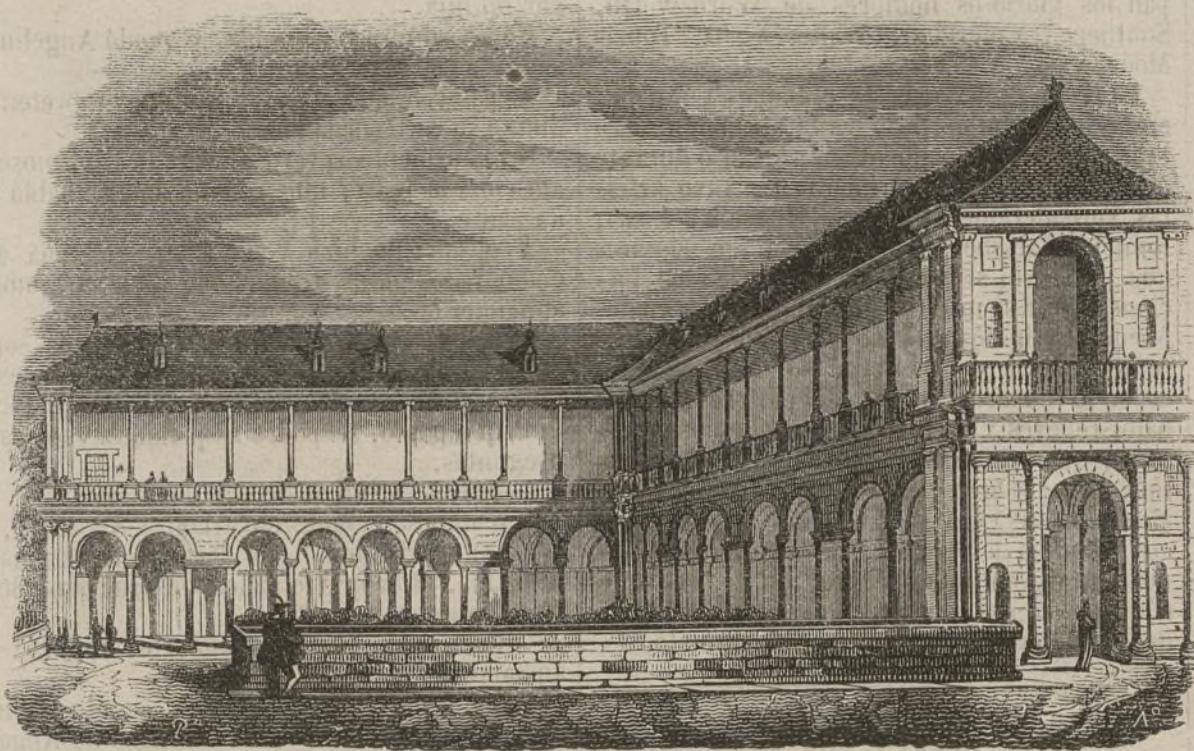
LA CIUDAD DE BEIRUT.

Beirut, la antigua *Beritus*, se halla situada en la estremidad occidental de una punta de tierra, en forma de triángulo, y construida sobre una pequeña elevacion, cerca de la orilla del mar. Sus calles, generalmente hablando, son estrechas é irregulares, y en los sitios donde no hay tiendas, su aspecto es muy triste. Tiene á cada lado una acera para los que van á pie, y por el medio corre un arroyo que contribuye esencialmente á la limpieza de la ciudad, dándole cierto aire de frescura, sobre todo durante los calores del verano.

No encierra ningun edificio público importante, y el corto número de los que le adornaban hace poco tiempo, están hoy ruinosos. Los bazares, en especial aquel en que se vende la seda, son vastos y muy frecuentados por los habitantes de las montañas vecinas. La mayor parte de la poblacion es maronita; compónese el resto de cristianos-griegos, de judíos y de algunos turcos.

Se encuentra en Beirut una excelente posada con salones adornados de divanes; blandos lechos con sábanas de rico hilo, y buena y bien servida comida.

En Beirut tiene su residencia oficial el cónsul británico, aunque su jurisdicción se estienda á toda la Siria. Las demás potencias europeas están representadas tambien, porque la ciudad hace bastante comercio, y puede considerarse como el puerto de Damasco, de donde dista 90 millas. Las exportaciones consisten en vinos, agalla, rubia, goma, seda cruda é hilada que se cosecha en las montañas, y aceite que suministran los olivos de la llanura entre Bei-



Monumentos de España.—El Escorial. (Galería de convalecientes.)

rut y Sidon. Las importaciones son mu-elinas, telas blancas y de color, estaño, quincalla, paños y artículos de la India oriental. El comercio se desarrolla cada día mas, y las casas europeas se aumentan.

En Beirut no queda, aunque ocupe el terreno de la antigua *Beritus*, casi ninguna huella de los siglos pasados. El puerto está formado por una pequeña bahía, cuya entrada defienden dos torres, una de las cuales, construida sobre una roca aislada, aparece á modo de pintoresca ruina. La otra está unida á la tierra por un muelle de arcos desiguales, que dan paso al mar. En la orilla, hacia el Oeste, se notan los restos de un enlosado de mosaico, y en varios puntos de la ciudad hay cisternas, pozos y otras construcciones subterráneas. Al Norte se ven algunas ligeras muestras del teatro que edificó Herodes Agripa.

Beirut ha sufrido mucho á causa de los terremotos y mas aun de las guerras. En 1114 fue quitada á los sarracenos por Balduino I, rey de Jerusalem, y recobrada en 1187. Diez años mas tarde los cristianos se apoderaron nuevamente de ella, y durante las cruzadas sus males crecieron. Posteriormente cayó en poder de los drusos, despojados á su vez por los turcos. En época mas feliz, sus habitantes se consagraron al estudio, sobre todo al de la jurisprudencia, y Justiniano la llamó «madre y nodriza de la ley.»

Su hermosa situacion, la salubridad de su clima y la rica vegetacion de sus alrededores, hacen que Beirut sea aun hoy una ciudad bastante agradable.

EL BAJA RENEGADO.

ORIENTAL.

Hubo un dia en que sucedió (ó acaso sucederá) lo que voy á referir. El baja de Ivar se sentó sobre un divan de cachemira en medio de su harem.

Las vírgenes valacas cantaban, las circasianas bailaban, y las mujeres kizguizas acompañaban. Los ojos de estas últimas son azules como el záfiro y las pestañas de las otras negras como el trono del espíritu de las tinieblas. El baja no ve, ni oye; baja el turbante hasta

sobre de sus ojos y se entrega dulcemente al sueño... aspirando el humo de su pipa, y rodeándose de una perfumada nube.

Un eunuco negro presenta una blanca cautiva, y la coloca hasta el medio del serrallo diciéndole: «Cerca del hijo del S I, cerca de Mohamet, ó la mas bella estrella de este país.

»Tú, cuya claridad entre las estrellas del Divan es un poder semejante al foco de Alderaban entre los diamantes del manto de la noche;

»Dígnate dirigir hacia mí uno de tus rayos; yo soy el intérprete de la voluptuosidad. Abi tienes un nuevo botin que te traen los vientos del Lehistán, tus tributarios.

»El mismo sultán, en su jardín de amor de Stambul, no tiene una esclava como esta cuya blancura iguala á la de la nieve; es una flor de las heladas riveras que tan gratos recuerdos tienen para tí.»

En aquel momento se desliza la gasa que velaba tantos atractivos... toda la corte aplaudió. El baja, que peinaba con tres colas, no hizo mas que dirigir á ella una sola mirada; luego dejó caer su pipa, y se durmió...

El baja vacila, su turbante se deslía, se apresuran á despertarle... pero ¡oh prodigio! sus labios están negros, su semblante lívido... el baja renegado estaba muerto.

ADAM MICKIEWICZ.

MODAS DEL MES DE JUNIO.

Hé aquí la descripción de los preciosos figurines que adornan el presente número.

Fig. 1.^a—*Traje de visita*. Vestido de muselina de seda, color gris-perla. El bajo de la falda va adornado con un volante de la misma tela y una cinta de gro del mismo color. Paletot de glasé negro con adornos de agremán. Sombrero de paja de arroz, blondas negras y espigas de trigo.

Fig. 2.^a—*Traje para paseo*. Vestido de glasé color verdemar, adornado con un volante de la misma tela, escarolados y botones de glasé de color verde oscuro. Manga estrecha con cartera, cuerpo alto, cerrado y de talle redondo. Cuello y mangas de batista lisa. Som-

brero de crespon y glasé de los dos colores del vestido.

Fig. 3.^a—*Traje para niña*. Vestido de gro color de rosa, adornado con bullones de la misma tela y terciopelitos negros. Cinturon spencer de terciopelo negro. Camiseta de muselina. Redecilla con madroños negros. Sombrero de paja adornado de plumas negras.

Desde hace muchos años que se consideran complemento imprescindible del tocador los periódicos de modas ilustrados, pero es uno de los adelantos modernos de la época el tenerlos á la altura que permiten el estado actual del buen gusto y de las bellas artes. Las publicaciones ilustradas constituyen una necesidad de nuestros tiempos, y con respecto á modas, mal podrian comprenderse los trajes, las labores y los adornos si las artes del dibujo no nos lo representaran con fidelidad y exactitud sumas. En España ha sabido conquistar elevado puesto, bajo este punto de vista, *La Moda elegante*, bellísimo periódico de modas consagrado exclusivamente al bello sexo, que se publica en Cádiz, uniendo á su perfeccion una notable baratura, por lo cual no podemos por menos de recomendar eficazmente su adquisicion, bien ciertos de que hasta ahora ha sido lo mejor que de su género se ha hecho en nuestra patria.

REMITIDO.

«*Ateneo catalan de la clase obrera*.—Todas las clases de la sociedad no pueden menos de reconocer la necesidad en que se encuentran de instruirse sino quieren quedar rezagadas en la marcha progresiva del siglo en que vivimos. Así lo ha comprendido la laboriosa clase obrera y hé aquí el origen del Ateneo, pues que la vida es el desarrollo de la inteligencia. Mas no podria ver realizadas sus esperanzas si á ello no coadyuvasen las personas amantes de su educacion y sus progresos.

»En este concepto, la Junta de Gobierno del referido Ateneo, y en su nombre el que suscribe, no han vacilado en dirigirse á V. confiando honrará su modesto gabinete de lectura con el envío del SEMANARIO que tan acertadamente redacta, contribuyendo no poco de este modo á instruir y educar una clase que bajo todos conceptos es digna de merecer tan señalada distincion.

»Dios guarde á V. muchos años. Barcelona 6 de junio de 1862. El bibliotecario, Federico Canalejas.—Señor director del SEMANARIO POPULAR.—Madrid »

La direccion literaria del SEMANARIO POPULAR no podia mostrarse indiferente á tan laudables propósitos, y siendo el principal objeto de su publicacion la propagacion de los conocimientos útiles y la mayor facilidad de la lectura que instruye y civiliza, no ha vacilado en acceder á los deseos de la junta de gobierno del *Ateneo catalan de la clase obrera*. Por nuestra parte, nos congratulamos de que el SEMANARIO POPULAR, cuyos lectores pasaban ya de cuatro mil al mes de haberse iniciado su publicacion, haya sabido captarse con su bondad y rectitud de miras la confianza de instituciones altamente civilizadoras como el *Ateneo catalan de la clase obrera*.

Por todo lo no firmado J. GASPAS,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.

—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Jerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.